TRADUCCIÓN Y NEOLOGISMOS EN FRANCÉS MEDIO

JUAN F. GARCÍA BASCUÑANA
UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI, TARRAGONA

Sabemos que los neologismos -en su inmensa mayoría latinismos- se multiplican en la lengua francesa en su etapa media. Un examen atento de cualquier diccionario etimológico nos revela inmediatamente que una proporción verdaderamente importante de vocablos franceses aparece en dicha época, y más concretamente en los años comprendidos entre 1350 y 1477, dos fechas aproximativas pero no exentas de valor emblemático,[1] que limitan el período que abarca desde los inicios del reinado de Juan el Bueno hasta la desaparición de Borgoña como ducado independiente tras la muerte de Carlos el Temerario -siendo su punto culminante los años del reinado de Carlos V. Ferdinand Brunot (1966: I, 553) señala al respecto que si dispusiéramos de todos los vocablos aparecidos en aquel tiempo y que más tarde han desaparecido de la lengua, nos daríamos realmente cuenta de lo prolífica que llegó a ser dicha época.[2]

¿De dónde proviene pues la enorme revolución que entonces tiene lugar en el seno de la lengua y cuyas consecuencias serán determinantes para la historia del léxico francés? Dos hechos van a ser decisivos, como todos sabemos: la extensión del uso de la lengua vulgar a campos que hasta entonces eran patrimonio del latín (historia, medicina, política, filosofía, gramática, etc.) y al mismo tiempo -y esto es lo que nos interesa a nosotros aquí subrayar fundamentalmente- la multiplicación asombrosa de traducciones de obras latinas o griegas -aunque éstas, pocas veces son traducidas de manera directa, sino más bien, en la mayoría de los casos, mediante versiones latinas interpuestas.[3] Dado el contenido técnico de muchas de esas obras, el léxico «especializado» se acrecienta entonces de forma considerable y el francés se enriquece, aunque a veces de manera transitoria, puesto que una gran proporción de esas nuevas palabras surgidas de forma un tanto arbitraria se convierten en efímeras y son expulsadas de la lengua al cabo de un tiempo, gracias a los propios mecanismos lingüísticos (Brunot 1966: I, 358). Y es que en realidad no estamos, las más de las veces, ante verdaderas traducciones, sino que más bien se trata de meras «traslaciones», que se imponen, a juicio de sus autores, por la desigualdad manifiesta de las dos lenguas confrontadas: a la riqueza del latín se opondría una lengua francesa «pobre» e «inestable», incapaz de reflejar con toda su exactitud el texto original. Así razona, entre otros, Nicole Oresme -sin duda el más conocido de los sabios que frecuentan la corte

1. No es un dato a desdeñar que dicho período coincida con la época más dinámica y significativa del francés medio.

2. G. Matoré llega a apuntar que un 40% de las entradas actuales de nuestros diccionarios se remonta a la época del francés medio, aunque incluye en dicho período el siglo XVI que nosotros aquí no contemplamos. Por ello, esa cantidad ha de reducirse, pero no tanto como para dejar de insistir en que la cantidad que corresponde a los siglos XIV y XV es altamente significativa (Matoré 1985: 153-157).

3. Tendremos que esperar al siglo XVI para asistir definitivamente a un acceso directo a textos griegos, muy escaso todavía en los dos siglos precedentes.

de Carlos V-, quien en su *Livre de Ethiques d'Aristote* (1361) expone sus dificultades para llevar a buen puerto su traducción:

> Et comme il soit ainsi que le latin est à présent plus parfait et plus habondant langage que françois, par plus fort raison l'en ne pourroit translater proprement tout latin en françois. Si comme entre innumbrables examples peut apparoir de ceste tres commune proposition: «homo est animal», car «homo» signifie homme et femme et nul mot de françois ne signifie equipeillement. Et «animal» signifie toute chose qui a ama sensitive et sent quant l'en touche. Et il n'est nul mot françois qui ce signifie precisement. Et pour ce, ceste proposition est vraye: «mulier est homo», et ceste est fausse: «femme est homme». Semblablement ceste proposition est vraye: «homo est animal», et ceste est fausse: «homme est beste». Et ainsi est il de pluseurs propositions et autres, qui tres souvent sont es livres dessus diz, que l'en ne peut bien translater en françois. (cit. en Marchello-Nizia 1979: 359)

Es sin duda en esta obra, más que en ninguna otra -no en vano se trata de su primera traducción, ya que su obra hasta entonces había sido redactada toda ella exclusivamente en latín- donde aparecen todas las dificultades de Oresme para expresar su pensamiento en lengua vulgar. Al menos es eso lo que él mismo nos indica en otro pasaje de su prólogo, cuando se excusa por «sa rude maniere de parler», añadiendo a renglón seguido que nunca aprendió ni está acostumbrado «de rien bailler ou escripre en françois» (1940: 98). En todo caso, Oresme parece consciente -al menos, eso es lo que nos deja entrever- que su traducción (sus traducciones) tiene(n) algo de provisional, ya que tanto la lengua vulgar como él mismo no estarían a la altura que las circunstancias requieren, y de ahí que -tal vez con un exceso de falsa modestia, propia de muchos de estos sabios de las postrimerías de la Edad Media- nos diga que no hace más que «œuvre provisoire», ya que está seguro que «ou temps d'advenir pourra estre baillee par autres en françois plus completement» (1940: 99). Más allá de ese probable exceso de exagerada modestia que uno no llega a ciencia cierta a saber si es o no sincera, Oresme plantea, sin duda alguna, el problema de las insuficiencias de una lengua que se busca a sí misma, que pretende hallar su estabilización definitiva en el terreno siempre impreciso del léxico y que él intenta, según sus propias palabras, hacer más «copieuse». Pero en un momento en que la lengua parece haber trazado sus líneas casi definitivas en el terreno de la fonética y lo está intentando -con todas las reservas que se quieran- en el de la morfología y la sintaxis,[4] es precisamente el léxico el que parece resistirse sobre todo a dicha «estabilización». El traductor es consciente de sus insuficiencias, y de ahí la necesidad imperiosa en que se ve este precursor de Descartes[5] de proporcionar al francés nuevos vocablos científicos, casi siempre a través de «traslaciones» directas del latín. R. Taylor, que ha estudiado de manera sistemática algunas de las traducciones de Oresme -entre las que se cuenta por cierto *Le Livres de Ethiques d'Aristote*-, recoge casi tres centenares de préstamos directos procedentes del latín. Pero como señala con razón el mismo Taylor, hay que distinguir en este vasto corpus aquellas palabras calcadas simple y llanamente del vocablo latino (Taylor llega a contar ciento veinte) de los préstamos que tienen también como punto de partida

4. Pensemos, por ejemplo, en el paso trascendental que supone para el francés la desaparición definitiva de la declinación bicasual, a la que asistimos precisamente en ese período del francés medio.

5. De hecho, sería en Oresme y no en Descartes en quien recaería el honor de haber introducido el francés en la literatura científica.

dicha lengua, pero que no tienen una correspondencia inmediata en el texto latino que se traduce. Entre todos estos neologismos, hay que señalar por su importancia algunos que quedarán definitivamente integrados al vocabulario francés, con más o menos reticencias según los casos: «abnégation, abus, abstraction, adhérer, agricole, agronome, anarchie, animer, antipode, aristocratie, atténuer, barbare, calculer, central, circulation, collection, comédie, communiquer, contingent, contradictoire, définir, démagogue, démocratie, distraire, économie, électeur, énoncer, fragile, géométrique, habile, héros, illégal, imprudence, indifférence, injuste, invariable, juriste, mélancolique, présage, réflexion, scientifique, sérieux, total, tragédie, vestige, unanimité, oligarchie, pédagogue» (Taylor 1965: II, 727-736).

Esto no hace más que probar la gran capacidad de Oresme como creador de neologismos. Ningún otro -a pesar del gran número de traductores de la época- llega a ser tan prolífico (Chaurand 1977: 40-49). Y eso que no faltan aportaciones importantes como, por ejemplo, la de Pierre Bersuire que nos ha legado vocablos tan significativos como «remédier, imbécillité, confédérer, chose publique, transférer», o la de Raoul de Presles, traductor de S. Agustín (entre 1371 y 1375 vierte al francés *De civitate Dei*) acuñando palabras como «cynique, déclamation, causalité, conflagration». Y probablemente debamos a Jean de Vignay los neologismos «délicat, placide, avidité». Tanto éstos, como la gran mayoría, coinciden, con Oresme, a la hora de referirse a la distancia que media entre el latín y el francés. Bersuire, amigo de Petrarca, en sin duda el más explicito al respecto, al presentar su traducción francesa de Tito Livio (1355):

> Ainsi doncques, tres excellent seigneur, me commandastes vous que les troys decades de Titus Livius, en quelz sont contenues les hystoires romainnes, je translatasse en françois. Et certes, combien que tres haute maniere du parler et la parfonde latinité que a le dit aucteur soit excedent mon senz et mon enging, comme les construccions d'iceli soient si trenchiees et si brieves, si suspensivez et si d'estranges moz que au temps de maintenant pou de gent sont qui le sachent entendre, ne par plus fort raison ramener en françois, neantmains ay je pris le labeur de la translater pour obeïr a vous, qui estes mon seigneur, et pour faire profit a tous ceulz qui par moy l'entendront et l'orront. (cit. en Marchello-Nizia 1979: 359)

Lo que es evidente en todos estos traductores de los siglos XIV y XV es que el papel del francés como lengua de cultura tiende a manifestarse cada vez más (Chevalier 1994: 11-12). Son paradójicamente los propios traductores lo que no parecen aún convencidos de las nuevas perspectivas que se abren para la lengua francesa. De hecho, la extensión definitiva del francés a expensas del latín en campos como la política, el derecho, la medicina, etc. habrá de esperar la llegada de la imprenta y los cambios fulminantes a que ésta da lugar. Y que coincidirá precisamente en el siglo XVI con la restauración de la dignidad del latín clásico y la separación y delimitación definitiva del latín y del francés.

Mientras tanto, en la época que nos ocupa es incuestionable que la interacción y la interpenetración del latín y del francés que caracterizan el francés medio -con esa situación de bilingüismo de élites que se impone entonces- genera un transvase constante de vocablos desde la lengua que se considera «plus parfaite et plus abondante». El latín se convierte en una cantera inagotable de neologismos, de los que los traductores se abastecen con frecuencia -se podría pensar- más por facilidad que por una necesidad estricta. De hecho, nos encontramos entonces con neologismos que se corresponden con vocablos franceses parasinónimos, lo que acarrea que los dobletes empiecen a multiplicarse, aunque ello no haya que considerarlo por sí mismo como

algo negativo para la lengua. Así, por ejemplo, junto a «faiseur» aparece «agent» a partir de 1337, mientras que el término «hastiveté» tendrá que compartir su uso, ya desde finales del siglo XIII, con «velocité». Incluso, en ocasiones, estas innovaciones limitadas al pequeño círculo de letrados en contacto directo con las obras latinas y sus traducciones correspondientes, desbordan dichos límites y penetran en la lengua popular. Es de esa forma como el vocablo tradicional «enferm» se vea sustituido por «infirme» que se impone a lo largo del siglo XIV. Los numerosos tratados de medicina que se multiplican entonces tienen mucho que ver precisamente en esa adaptación de vocablos relacionados con esta ciencia, lo que origina la desaparición de muchos términos tradicionales como «mire», «pourrisson», en beneficio de otros recientemente traducidos como «médecin», «putréfaction», que datan de finales del siglo XIV.[6] Podríamos seguir multiplicando los ejemplos.[7] En todo caso, lo que nos interesa poner de relieve es la dificultad real a que se enfrentan esos traductores al intentar verter al francés textos de marcado contenido técnico y científico. Como subraya Marchello-Nizia (1979: 361), ante «l'absence, dans la langue vulgaire, de termes adéquats pour rendre des notions, pour désigner des objets, des parties du corps, des particularités physiques bien précises», es indudable que «calquer de nouveaux mots sur les termes latins est la solution la plus facile».[8] No obstante, más allá de los imperativos de la traducción y de las licencias de muchos traductores, algunos de los resultados derivados de la tarea de traducir se convierten en recursos lingüísticos marcadamente eficaces que acaban siendo elevados a la dignidad de procedimientos estilísticos.[9]

De todos modos, estos traductores de los siglos XIV y XV son conscientes de los problemas que la introducción en francés de nuevos vocablos representa para sus eventuales lectores. Varios procedimientos serán puestos en práctica para facilitar la lectura, empezando por la selección de un léxico especializado que precede a la traducción, como hace, por ejemplo, Bersuire. La utilización de un glosario introductorio será imitada por otros, como Jean de Rouvroy (Bossuat 1963: 883-892) o Jean Daudin que traducirá a Petrarca por encargo expreso de Carlos V. El propio

---

6. Gracias a los numerosos calcos, llevados a cabo a partir de traducciones de obras de medicina redactadas inicialmente en latín, se introducen en lengua vulgar, a lo largo de los siglos XIV y XV, vocablos como «cautérisation, contusion, dessiccation, médication, pharmacie, pore, porosité», sin contar muchos otros, algunos de ellos desaparecidos.

7. El *Dictionnaire du moyen français* de Greimas y Keane (1992: XIV) intenta resumir cómo se manifiesta el proceso de aproximación de ambas lenguas, señalando como puntos esenciales los cuatro siguientes: la latinización de palabras francesas de origen popular («esmer=estimer, souef=suave, soutif=subtil, encharner=incarner»); la asimilación al francés de ciertos préstamos latinos («persuasif, capable, eterneté»); la derivación gracias al empleo de sufijos latinos («nuit+al>nuital=nocturne», éste último, a su vez, préstamo latino introducido por Bersuire); el uso de prefijos intercambiables como «super-/sur-, dis-/des-»).

8. G. Zink iniste también en ello: «Les traducteurs n'ont d'autres ressources pour rendre les réalités anciennes, les concepts abstraits, sans équivalents en langue vulgaire que de franciser massivement les termes latins qui les dénomment» (Zink 1990: 83).

9. Pierre Fabri en su *Grand et Vray Art de pleine rhétorique* (editado al menos seis veces entre 1521 y 1544) abogará, como medio de incuestionable valor retórico y estilístico, por el uso de muchos de los parasinónimos procedentes, en la mayoría de los casos, de traducciones de los siglos XIV y XV y de las que siguen realizándose en el siglo XVI. Fabri llegará a recomendar que se escriba en segundo lugar el término más «entendible», como «stature et semblance», «divulguer et communiquer», etc., y se llena de entusiasmo ante una frase como «l'excellence et magnificence des princes nous induisent à contempler leur magnanimité».

Bersuire introducirá en su traducción cierto número de notas explicativas, separadas del texto mediante un espacio y encabezadas con la rúbrica «incidens».[10] Pero los traductores disponen también de otros recursos a la hora de hacer más asequibles esos textos. Así nos encontramos con frecuencia con que el calco latino va acompañado de una glosa, como ocurre con la traducción que Simon de Hesdin hace des *Factorum dictorumque memorabilium* (*Faits et dits mémorables*) de Valerio Máximo. Cuando ha de traducir una frase como «in deorum numerus relatus est», nuestro traductor no duda en colocar la glosa siguiente: «Il fut comme on dit maintenant canonisé ou consacré et nombré au nombre des dieux» o en otra ocasión proporcionar su equivalente en lengua vulgar: «les ninfes des montagnes que nous appelons fees». A veces no faltan tampoco ejemplos en que la palabra técnica traducida queda explicada por la aparición inmediata de un antónimo. Así en la misma traducción ya mencionada de Simon de Hesde podemos leer lo siguiente: «crediteurs sont ceulz qui doivent recevoir des debteurs» (Di Stefano 1977: 51-65).

Todos estos procedimientos y varios otros que podríamos seguir citando, muestran las dificultades de estos traductores ante textos que a su parecer pertenecen a un código lingüístico que se les antoja lejano y sobre todo «superior» por su «abundancia» a aquel al que intentan trasladarlos. Sin contar que también son conscientes no sólo del problema estrictamente lingüístico sino de algo que a nuestro parecer reviste capital importancia y que es inherente a la problemática más profunda del acto mismo de traducir. Christiane Marchello-Nizia (1979: 360) nos presenta un ejemplo de mucho interés al respecto, el del autor que al traducir el término latino «urna» se siente obligado a dar una explicación que podríamos considerar etnológica de ciertos usos funerarios de la antigüedad. Así, dicho autor nos explica que «il estoit pour lors de constume qu'on ardoit les corps des morts et les cendres on preservoit en un certain vaissel qu'on appelait urne», consciente como es de la distancia que separa las dos civilizaciones enfrentadas en su traducción, la presente en la lengua de partida y la de la lengua receptora.[11] De ahí que también nos encontremos con el caso del traductor que prefiere a la traslación pura y simple que se impone entonces una adaptación al vocabulario francés tradicional, comprensible para el lector en lengua vulgar, como si fuera consciente dicho autor de que sus versiones han de ir más allá de los reducidos círculos familiarizados con el latín y apuntar hacia un publico más amplio. Y ello, aunque comporte el riesgo de desfigurar el texto de partida y no reflejar en todas su extremos la civilización que le sirve de trasfondo. Es ni más ni menos la posición adoptada por un traductor de la segunda mitad del siglo XV, precisamente en el momento en que los traductores de la corte de Borgoña impone su ley, Vasque de Lucène -de origen portugués- quien en su versión de la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio, no tiene reparos en traducir, «milites» por «chevaliers»

10. Veamos, a título de ejemplo, una de ellas, que aparece en el libro I de la traducción de Tito Livio: «Si mist Romulus en chascune d'icelles villes prises une colonie, c'est a dire qu'il envoya gemz de Romme pour ileuc habiter... Incidens. Colonie ou coulongue est appelee quant aucune ville est gaaingniee et acquise; et l'en y envoie et met nouvel pueple pour coustiver et pour habiter. Ainsi fu faite Coulongue en Alemaigne» (cit. en Marchello-Nizia 1979: 360).

11. De todos es sabido que traducir o, mejor dicho, la dificultad que el hecho de traducir entraña, se encuentra supeditada a dos tipos de causa: una de orden propiamente lingüístico y otra que consiste en trasladar realidades no lingüísticas de una cultura a otra. Hecho que se hace más complejo cuando nos encontramos ante textos del pasado, ya que se trataría, en este caso, de hacer viajar al lector no sólo en el espacio sino en el tiempo, con todo lo que ello supone de extrañamiento cultural.

ou «gens d'arme», «praetor» por «mareschal», «satrapes» por «lieutenants», «caduceator» por «héraut», «castra» por «logis», entre otros ejemplos (Bossuat 1946: 197-245).

Pero lo que es evidente es que independientemente de tal o cual procedimiento, que podemos considerar más o menos acertado, dichos traductores van a aportar al vocabulario francés esa abundancia que ellos echaban de menos en el momento de emprender sus traducciones. Sin contar que muchos de sus usos -y abusos- pasarán a ser patrimonio de la época, pues no sólo los textos eruditos o científicos, la mayoría de las veces traducidos -o adaptados o tomados como modelos- están plagados de vocablos latinos no siempre plenamente asimilados e integrados, sino que también a menudo el hábito de la «traslación» se convierte en verdadera manía que trasciende el campo de la técnica y de la erudición para desembocar en el de la creación literaria. Es el caso, por ejemplo, de René d'Anjou, a cuya obra nos aparece oportuno referirnos aunque sea de modo breve.

Se señala con frecuencia como rasgo característico del vocabulario del *Livre du cuer d'amours espris* (1457) los préstamos debidos al latín y al italiano. Si en este último caso palabras como «aspregier», «campiger», «poulpe», «caller» y «teneur» representan el recuerdo más o menos vivo de las aventuras transalpinas del príncipe angevino,[12] habría que ver, tal vez, en el empleo de vocablos latinos una opción o, más bien, una inclinación personal, fruto de una formación clásica propia de una época en que el latín formaba parte del «plan de estudios» de los príncipes, y en la que tendrían mucho que ver también los conocimientos y los intereses lingüísticos del políglota -sabemos que el duque de Anjou hablaba al menos cinco lenguas. En tales circunstancias, y siguiendo el ejemplo que los traductores contemporáneos y aquellos que le habían precedido unas décadas antes le brindaban, René d'Anjou no duda en calcar literalmente, a partir del original latino, términos que él considera necesarios para dar realce a su narración. Así nos encontramos en *Le Livre du cuer* con palabras como «exercite»,[13] «ducteur», «apprehendeur», «timeur»,[14] lo que, en cierto modo, demostraría que para René -como para mucho humanistas de su tiempo, entre los que los traductores ocupan un lugar de primera importancia- existe un patrimonio cultural y lingüístico común que emparenta el francés con el latín y legitima sus traslaciones y calcos léxicos.

En todo caso, dicho proceder no exclusivo de René d'Anjou, lo podemos encontrar en otros autores de los siglos XIV y XV, e incluso del siglo XVI, y no sería más que una prueba de un estado de ánimo generalizado que se impone a lo largo de esas centurias. Es cierto, repetimos, que en muchos casos esos calcos no han tenido más que una vida efímera y no han dejado rastro en la lengua francesa. Pero no hay que dejar de insistir en que es en esa época precisamente cuando una cantidad de palabras

---

12. No convendría olvidar que en esta época del francés medio asistimos, por una serie de circunstancias históricas -la guerra de los Cien Años y más tarde las guerras de Italia- a una apertura del francés hacia las lenguas y dialectos del Sur.

13. En realidad, este vocablo lo seguimos encontrando hasta el siglo XVI, tanto en textos originales como en traducciones, hasta acabar desapareciendo definitivamente.

14. Cuando el rey René nos describe en el *Livre du cuer* el blasón de Julio César podemos leer: «Je, Julles, dit Cezar, d'exercite ducteur / Et de la république premier apprehendeur» (1980: 121). E, inmediatamente después, al describir el blasón de Augusto, se nos dice: «Nous, Augustes Cezar des Romains empreur, / Et de l'universel seul souverain seigneur, / Tenans jadis les bons en raison et doulceur/Et aussi les mauvais en paix par grant timeur» (1980: 122).

de origen latino, que impresiona por su número, se integra definitivamente en su vocabulario y lo «relatiniza», si se nos permite la impresión, brindando a la Iglesia, a las cancillerías, a la administración, al mundo de la medicina y del derecho, entre otros, la posibilidad de superar las insuficiencias léxicas que obstaculizaban su manifestación y expresión en «lengua vulgar».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Anjou, René d'. 1980. *Le Livre du cuer d'amours espris*, París, Union Générale d'Éditions.

Bossuat, Robert. 1946. «Vasque de Lucène traducteur de Quinte-Curce» *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 8, 197-245.

Bossuat, Robert. 1963. «Un précurseur de l'écolier limousin au XVe siècle» *Moyen Age* 69, 883-892.

Brunot, Ferdinand. 1966. *Histoire de la langue française des origines à nos jours*, París, Armand Colin.

Chaurand, Jacques, 1977. *Introduction à l'histoire du vocabulaire français*. París, Bordas.

Chevalier, Jean-Claude. 1994. *Histoire de la grammaire française*, París, PUF.

Di Stefano, G. 1977. *Essais sur le Moyen Français*, Padua, Livinia editrice.

Greimas, Algirdas Julien & Keane, Teresa Mary. 1992. *Dictionnaire du moyen français*, París, Larousse.

Marchello-Nizia, Christiane. 1979. *Histoire de la langue française aux XIVe et XVe siècle*, París, Bordas.

Matoré, Georges. 1985. *Le vocabulaire et la société médiévale*, París, PUF.

Picoche, Jacqueline & Marchello-Nizia, Christiane. 1989. *Histoire de la langue française*, París, Nathan.

Taylor, R. 1965. «Les néologismes chez Nicole Oresme, traducteur du XIVe siècle» en *Actes du Xe Congrès international de linguistique et philologie romanes*, París, Klincksieck.

Zink, Gaston. 1990. *Le moyen français*, París, PUF.